

— *Quære et invenies*, respondía Nodier.

Y lleno de nuevo ardor el bibliómano, emprendía otra vez su tarea y siempre inútilmente.

Finalmente entregaron una Biblia al marqués de Chalabre.

No era la Biblia de que había hablado Nodier; pero sólo se diferenciaba en un año de fecha: no estaba impresa en Kehl, pero estaba impresa en Strasburgo, á una legua de distancia: no era único ejemplar; pero el único ejemplar que había, fuera de aquél, estaba en el Líbano, y no sólo en el Líbano, sino también en el archivo de un monasterio druso. El marqués de Chalabre llevó la Biblia á Nodier y le pidió su parecer.

— ¡Cáspita! respondió Nodier, viendo que el marqués se iba á volver loco si no tenía una Biblia; comprad esa, amigo mío, supuesto que es imposible dar con la otra.

El marqués de Chalabre compró la Biblia en la suma de dos mil francos, la hizo encuadernar de un modo espléndido y la metió en una cajita particular.

Al morirse el marqués, dejó su biblioteca á Madlle. Mars. Ésta, que nada tenía de bibliómana, encargó á Merlin que clasificase los libros del difunto y los pusiese en venta. Merlin, el hombre más honrado del mundo, entró un día en casa de Madlle. Mars con treinta ó cuarenta mil francos, en billetes de banco, en la mano.

Los había encontrado en una especie de cartera practicada en la magnífica pasta de aquella Biblia casi única.

— ¡Y por qué, pregunté yo á Nodier, por qué habéis dado ese chasco al pobre marqués de Chalabre, vos que sois tan poco amigo de dar chascos?

— Porque se estaba arruinando, amigo mío, y en los tres años que ha empleado en buscar la Biblia, no ha pensado en otra cosa. En esos tres años no ha gastado más que dos mil francos, y si no hubiera sido por la Biblia hubiera gastado cincuenta mil.

Ahora que ya hemos dicho lo que nuestro amadísimo Carlos hacía durante la semana y los domingos por la mañana, digamos lo que hacía los domingos desde las seis hasta las doce de la noche.

### III

#### El Arsenal

¿Cómo había yo conocido á Nodier?

Como todo el mundo. Me había hecho un favor. En 1827, había acabado mi drama *Cristina de Suecia* y no conocía á nadie en el ministerio ni en el teatro: mi destino, lejos de ayudarme en mi solicitud, me servía de obstáculo para llegar al teatro de la Comedia francesa. Dos días hacía que había escrito el verso tan silbado y tan aplaudido, que dice:

Eh bien! j'en ai pitié, mon père, qu'on l'achève (1).

Debajo de este verso había puesto la palabra *fin*: lo único que me quedaba por hacer, era leer mi drama á los señores cómicos del rey, y esperar á que me lo admitiesen ó me lo rechazaran.

Desgraciadamente el gobierno de la Comedia francesa era en aquella época republicano, como el gobierno de Venecia; es decir, republicano aristocrático, y no todo el que quería llegar á los serenísimos señores del comité tenía posibilidad de hacerlo.

(1)

Que acaben de matarlo:

Sí: ¡lástima me inspira, padre mío!

Había un examinador encargado de leer las obras de los jóvenes que no habían hecho todavía nada, y que por consiguiente no tenían derecho á la lectura de su drama sino después que lo hubieran examinado; pero había además en las tradiciones dramáticas tantas historias tan lúgubres sobre manuscritos que llevaban un año y aun tres años de estar esperando su turno en la lectura, que yo, familiarizado con Dante y con Milton, no me atrevía á estancarme en aquellos limbos y temía que mi pobre *Cristina* fuera á aumentar el número de:

Questi sciaurati che mai non fur vivi (4).

Yo había oído hablar de Nodier como de un protector nato de todo poeta por nacer, y por medio del barón de Taylor le pedi una carta de recomendación; me la envió, y ocho días después se leyó mi drama en el Teatro francés, y casi quedó aceptado.

Digo *casi*, porque había en *Cristina*, atendiendo á la época en que entonces vivíamos, es decir, en el año de gracia de 1827, tantas atrocidades literarias, que los señores cómicos ordinarios del rey no se atrevieron á aceptarla de buenas á primeras, y subordinaron su voto al de monsieur Picard, autor de *La Ciudad pequeña*.

Mr. Picard era uno de los oráculos de aquella época.

Firmin me llevó á casa de Picard, y éste me recibió en una biblioteca llena de todas las ediciones de sus obras y adornada con su busto: tomó mi manuscrito, me citó para ocho días después, y nos despidió.

Á los ocho días, contados hora por hora, me presenté en la casa de Mr. Picard, quien me esperaba indudablemente, pues me recibió con la misma sonrisa que Dagoberto en *La casa en venta*.

(4) Los infelices que jamás svivieron.

— Caballero, me dijo mostrándome mi manuscrito enrollado con mucha pulcritud; ¿contáis con algunos medios de subsistencia?

El principio no era de los que más podían animar.

— Sí, señor, respondí: tengo un destinito en la casa del señor duque de Orleans.

— Pues bien, hijo mio, me dijo poniéndome afectuosamente mi capa en las manos y agarrándolas al mismo tiempo; idos á vuestra carpeta.

Y alegre por haber hallado esta frase, se restregó las manos y me dió á entender que mi visita había ya terminado.

Sin embargo, me creía en el deber de dar las gracias á Mr. Nodier. Me presenté en el Arsenal y me recibió, como recibía á todo el mundo, con una sonrisa tan... Pero hay sonrisas de sonrisas, como dice Molière.

Quizás se me olvidará algún día la sonrisa de Picard; pero siempre me acordaré de la de Nodier.

Quise probar á este último que no era tan completamente indigno de su protección como él quizás creía, á juzgar por lo que Picard me había respondido. Le dejé mi manuscrito, y al día siguiente recibí una carta muy atenta en que se me animaba nuevamente, y en que se me convidaba á la tertulia nocturna del Arsenal.

Aquella tertulia era tan extremadamente agradable, que jamás habrá pluma capaz de describirla con exactitud. Se reunía los domingos y empezaba realmente á las seis.

Á las seis estaba puesta la mesa, en la que se hallaban los que habían fundado la reunión: Cailleux, Taylor, y Francis Wey á quien amaba Nodier como á un hijo; además había por casualidad uno ó dos convidados, y luego todo el que quería ir.

Todo el que había sido admitido en el trato íntimo de la casa, iba á comer allí á su antojo, pues había siempre dos ó tres cubiertos de más, puestos para los convidados

casuales. Si los tres cubiertos no eran suficientes, se añadía el cuarto, el quinto, ó el sexto. Pero infeliz el que llegara á completar el número trece; éste comía sin remedio en una mesita aparte, á no ser que entrara un décimocuarto á quitarle la penitencia.

Nodier tenía sus manías: prefería el pan moreno al pan blanco, el estaño á la plata, y el sebo á la cera.

Nadie reparaba en ello más que Mad. Nodier, quien le servía á su gusto.

Uno ó dos años después pertenecía yo al número de los amigos íntimos de que acabo de hablar. Podía entrar, sin que me anunciaran, á la hora de comer: se me recibía con aclamaciones que no me dejaban duda alguna acerca de lo bien recibido que era, y se me sentaba á la mesa, ó más bien yo me sentaba á la mesa entre Mad. Nodier y María.

Así que pasó un poco de tiempo, aquello que no había sido más que un simple hecho, se convirtió en un derecho. Si llegaba tarde, y estaban ya comiendo, y alguno tenía ocupado mi asiento, le pedían dispensa al convidado usurpador y me devolvían mi sitio; y aquel que me lo tenía usurpado se colocaba cómo y dónde podía.

Nodier aseguraba en aquel tiempo que yo era para él una fortuna, porque le dispensaba de hablar: pero si era una fortuna para él, era una desgracia para los demás, pues Nodier era uno de los más agradables habladores que pueden hallarse en el mundo. Por más que se hiciera con mi conversación, por más que se hiciera todo lo que se le hace al fuego para que lance llamas, alentarle, atizarlo y echar en él esas limaduras que hacen saltar las chispas del ingenio como las de la hornilla, todo lo que se conseguía era verbosidad, atractivo, animación; pero no resaltaba en ella la agradable bondad, el inexplicable encanto, la infinita gracia en que nada se escapa; como nada se escapa al pajarero y coge

en la red, que tiende, así los pájaros grandes como los chicos. En fin, no era Nodier quien hablaba.

Aquello era en una palabra contentarse con un desperfecto.

Pero algunas veces me obstinaba en no hablar, y como rehusaba hacerlo y Nodier era el dueño de la casa, tenía que hablar sin remedio: entonces todos se ponían á escucharlo, grandes y chicos. Nodier hablando era Walter Scott y Perrault á un mismo tiempo; era el sabio y el poeta; era la memoria y la imaginación: no sólo era divertido el oírlo, sino que era también cosa deliciosa el verlo. Su cuerpo alto, sus largos y delgados brazos, sus largas y pálidas manos, su cara larga y llena de bondad melancólica, armonizaban con su lenguaje lleno de atractivos, y con su palabra pronunciada con cierto tono que de vez en cuando recordaba el acento del Franco Condado, acento que Nodier no pudo vencer nunca. ¡Oh! cuando él hablaba, su discurso era inagotable, siempre nuevo, jamás repetido. El tiempo, el espacio, la historia y la naturaleza, eran para Nodier lo que aquella bolsa de Fortunatus, de la que Pedro Schmill sacaba siempre llenas las manos. Nodier había conocido á todo el mundo: á Danton, á Carlota Corday, á Gustavo III, á Cagliostro, á Pío VI, á Catalina II, á Federico el Grande, ¿qué sé yo? á ejemplo sin duda del conde de San Germán y del Taratantaleo, había presenciado la creación del mundo, y atravesado por los siglos de transformación en transformación. Sobre este punto profesaba una teoría muy ingeniosa. Según él, los sueños no eran más que un recuerdo de los días pasados en otro planeta, una reminiscencia de lo que uno había sido antes. Según él, los sueños más fantásticos correspondían á hechos realizados en otro tiempo en Saturno, en Venus ó en Mercurio: las imágenes más extrañas no eran sino la sombra de las formas que habían impreso sus recuerdos en nuestra alma

inmortal. Al visitar por primera vez el museo de los fósiles en el jardín de Plantas, dijo, al encontrar algunos animales, que los había visto antes del diluvio de Deucalión y Pyrra, y algunas veces confesaba, sin querer, que al observar las tendencias de los templarios á la posesión universal, le había aconsejado á Jacques Molay que no fuese tan ambicioso. Si Jesucristo había sido crucificado, no era culpa suya, porque él era el único de sus oyentes que le había dicho las malas intenciones de Pilatos. Á quien había tenido más ocasiones de hallar Nodier, era al judío errante: lo había visto por primera vez en Roma, en tiempo de Gregorio VII; luego lo había visto la víspera de la Saint-Barthélemy, y finalmente en el delphinado de Viena; poseyendo preciosísimos documentos relativos á este personaje. Cuando hablaba sobre esto, rectificaba un error en que habían incurrido los sabios y los poetas, y especialmente Mr. Eduardo Quinet, diciendo que no se llamaba Ahasverus, nombre medio griego y medio latino, el hombre de los cinco sueldos, sino Isaac Laquedemo; de lo cual podía responder muy bien, porque lo sabía de su propia boca. Después, de la política, de la filosofía y de la tradición, pasaba á la historia natural. ¡ Oh ! ; Cuánto se diferenciaba Nodier en esta ciencia de Heródoto, Plinio, Marco Polo, Buffón y Lacépède ! Había conocido arañas junto á las cuales la de Pelissón era una bicoca: había visto escuerzos á cuyo lado Matusalem era un niño; en fin, había visto caimanes en cuya comparación la tarasca no era más que un simple lagarto.

Nodier disfrutaba de casualidades que jamás ocurren más que á los genios. Un día que buscaba lepidópteros — esto pasaba en Stiria, país lleno de rocas de granito y de árboles seculares — se subió á un árbol para alcanzar á un agujero que había visto, metió la mano en aquella cavidad como acostumbraba á hacerlo, con no poca imprudencia (pues una vez sacó el brazo de una

cavidad semejante á aquella, adicionado con una serpiente que se había enroscado en él) y sintió una cosa floja y resbaladiza que cedía á la presión de sus dedos. Retiró con viveza la mano, y se puso á mirar á la parte interior: dos ojos brillaban en el fondo de aquella cavidad. Nodier creía en el diablo; así es que al ver aquellos dos ojos que se parecían algo á los ojos como brasas de Caronte, según dice Dante, empezó por huir: reflexionó después, mudó de parecer, agarró un machete, y midiendo con la vista la profundidad del agujero, se puso á hacer una abertura en el sitio en que presumía que debía hallarse aquel objeto desconocido. Á los cinco ó seis golpes que dió con el hacha en el árbol, salió sangre de éste, ni más ni menos que como salió del bosque encantado del Tasso á los golpes de la espada de Tancredo. Pero no fué una hermosa guerrera quien le salió al encuentro, sino un enorme sapo embutido en el árbol, adonde sin duda lo había llevado el viento cuando tenía el tamaño de una abeja. ¿ Cuánto tiempo había que estaba allí ? Quizás doscientos, trescientos, ó cuatrocientos años. Tenía cinco pulgadas de largo y tres de ancho.

En otra ocasión, hallándose en Normandía, cuando hacía con Taylor el viaje pintoresco por Francia, entró en una iglesia, de cuya bóveda vió que colgaba una araña gigantesca y un sapo enorme; con este motivo se acercó á un aldeano para pedirle algunas noticias sobre aquel tan raro maridaje.

Y he aquí lo que aquel viejo aldeano le contó, después de haberlo llevado junto á una de las losas de la iglesia, losa en que estaba esculpido un caballero acostado sobre su armadura.

Este caballero era un barón antiguo que había dejado tan pícaros recuerdos en el país, que los más osados no se atrevían á poner el pie sobre su tumba, y no por

respeto, sino por terror. Sobre esta tumba, y en cumplimiento de un voto hecho por aquel caballero al tiempo de morir, debía haber una lámpara encendida á todas horas, habiendo hecho el difunto una fundación piadosa que daba lo bastante para cubrir este gasto, y aun sobraba dinero.

Un hermoso día, ó más bien, una hermosa noche, estando el cura durmiendo, se despertó casualmente y vió por la ventana de su cuarto, que caían frente á las de la iglesia, que la lámpara palidecía y se apagaba. Lo atribuyó á cualquier accidente, y no volvió á hacer caso del asunto.

Pero á la noche siguiente, habiéndose despertado á cosa de las dos de la madrugada, se le ocurrió la idea de ver si la lámpara estaba encendida. Bajóse del lecho, acercóse á la ventana, y se convenció *de visu* de que la iglesia estaba sumergida en la más profunda oscuridad.

Este suceso, ocurrido dos veces en cuarenta y ocho horas, presentaba un síntoma alarmante. Así que amaneció llamó el cura al sacristán y le acusó, sin más ni menos, de haber echado el aceite en su ensalada en lugar de haberlo echado en la lámpara. El sacristán juró por cuantos Dioses hay, que no había nada de eso; que en los quince años que llevaba de ser sacristán, no había dejado pasar ni una sola noche sin llenar concienzudamente la lámpara, y que indudablemente sería efecto de alguna jugarreta de aquel picaro caballero, que después de haber atormentado á los vivos durante su vida, empezaba de nuevo á atormentarlos trescientos años después de su muerte.

El cura aseguró que fiaba completamente en la palabra del sacristán; pero que deseaba presenciar por la noche el acto de llenar la lámpara: de resultas de esto, así que llegó la noche, se introdujo el aceite en el recipiente y se encendió la lámpara delante del cura, y luego cerró

éste la puerta con sus mismas manos, se metió las llaves en el bolsillo y se fué á su casa.

Entró en ella, tomó el breviario, puso junto á la ventana un gran sillón, y se sentó en él fijando alternativamente los ojos en el libro y en la iglesia.

Serian alrededor de las doce, cuando vió que la luz, que iluminaba los vidrios, se disminuía poco á poco, que palidecía, y en fin que se había apagado.

Lo que es aquella vez conoció que debía de haber una causa extraña, misteriosa é inexplicable en la que el pobre sacristán no podía tener parte alguna.

El cura pensó en si entrarían ladrones en la iglesia y robarían el aceite. Pero reflexionando después en las acciones que los ladrones cometen generalmente, calculó que debían ser calaveras muy honrados los que se limitaban á robar el aceite y respetaban los vasos sagrados.

No eran, pues, ladrones. La causa de aquel suceso no era ninguna de las que se pueden imaginar: quizás sería una causa sobrenatural. El cura resolvió descubrir esta causa fuese la que fuese.

Á la noche siguiente echó por su propia mano el aceite en la lámpara para tener la certeza de que aquello no era el juego de *pasa, pasa*, y luego en lugar de salir, como había hecho el día anterior, se ocultó en un confesionario.

Las horas pasaban y la lámpara alumbraba con un resplandor tranquilo y constante. Dieron las doce.....

El cura creyó oír un ligero ruido, semejante al de una piedra que se aparta de su sitio, y después vió una cosa parecida á la sombra de un animal de patas gigantescas que subió por un pilar, recorrió una cornisa, apareció por un instante en la bóveda, bajó por todo el largo de la cuerda y se fijó en la lámpara, la cual empezó á palidecer, vaciló y se apagó.

El cura se encontró en la más completa oscuridad, y conoció que debía renovar aquella experiencia, acercándose más al sitio en que pasaba la escena.

Nada más fácil: todo lo que tenía que hacer era, en lugar de meterse en el confesonario que estaba en la iglesia al lado opuesto al en que se hallaba la lámpara, esconderse en el confesonario que se hallaba sólo á algunos pasos de ella.

El cura hizo, pues, á la noche siguiente exactamente lo mismo que la anterior, pero con la diferencia se haberse puesto en otro confesonario, y de llevar á prevención una linterna sorda.

Mientras no dieron las doce, todo estuvo tranquilo, todo silencioso, y la lámpara seguía cumpliendo honradamente con su obligación; pero así que dió la última campanada de las doce, se oyó el mismo ruido que la noche pasada, con la sola diferencia de que hallándose el cura á cuatro pasos del lugar donde salía el ruido, pudo inmediatamente fijar los ojos en él.

El ruido venía de la tumba del barón.

El cura vió que la losa esculpida, que la cubría, se levantó lentamente, y por la hendidura salió una araña del tamaño de un perro de aguas con un pelo de seis pulgadas de largo y las patas de dos varas, la cual se puso en seguida sin titubear y sin buscar camino, pues se conoce que lo sabía de memoria, á subir por el pilar, recorrer la cornisa, llegar á la bóveda, bajar por la cuerda, y una vez llegada á aquel sitio, á beberse el aceite de la lámpara, la cual se apagó.

Pero entonces recurrió el cura á su linterna sorda, cuyo cristal dirigió hacia la tumba del caballero.

Y entonces vió que el objeto que la tenía entreabierto era un sapo del tamaño de una tortuga marítima, el cual, inflándose, levantaba la piedra y daba paso á la araña,

quien iba incontinentemente a sacar el aceite para dividirlo después con su compañero.

De este modo vivían hacia algunos siglos aquellos dos socios en aquella tumba, donde habitarían probablemente todavía, si una casualidad no hubiese revelado al cura que en la iglesia había por las noches algún ladrón de cualquiera especie que fuera.

Á la mañana siguiente tomó el cura el asunto á mano armada: se levantó la piedra de la tumba; se mató al insecto y al reptil, y se colgaron sus cadáveres del techo para dar fe de tan extraño acontecimiento.

El aldeano que contaba esto á Nodier era uno de los que habían sido llamados por el cura para luchar con los dos comensales de la tumba del antiguo caballero, y como se había encarnizado principalmente con el sapo, una gota de sangre de aquel inmundo animal que le había saltado á los ojos, había estado á punto de dejarlo ciego como á Tobias.

De esto se libró quedándose tuerto.

#### IV

#### El Arsenal

Lo que es para Nodier no terminaba aquí la historia del sapo, pues había cierto misterio en la longevidad de este animal que agradaba á su imaginación: así es que sabía todo lo que se contaba sobre algunos sapos que habían vivido cientos y aun miles de años; y conocía todos los sapos descubiertos en piedras ó en troncos de árboles, desde el sapo hallado en 1756 por el escultor

Leprince en Eretteville, en medio de una piedra dura en la que se hallaba incrustado, hasta el sapo encerrado por Hérisant, en 1771, en una caja de yeso y que halló completamente vivo en 1774. Cuando le preguntaban á Nodier con qué se alimentaban los pobres prisioneros, respondía : se engullen su propia piel. Había observado que un sapo, durante un invierno, había echado piel nueva seis veces, y las seis veces había comido la vieja. En cuanto á los que estaban en piedras de formación primitiva desde la creación del mundo, como el sapo que se encontró en la cantera de Bourswick en Gothie, la absoluta inacción en que habían tenido que permanecer, la suspensión de la vida en una temperatura que no permitía disolución de ningún género, y que no hacía necesaria la reparación de ninguna pérdida, y lo húmedo del lugar en que se hallaban, humedad que sostenía la del animal, y que impedía su destrucción por medio del disecamiento, todas estas cosas parecían á Nodier razones poderosas para apoyar en ellas su convicción, en la que había tanta fe como ciencia.

Nodier era además hombre de cierta humildad natural ; tenía cierta inclinación á achicar las proporciones gigantescas de su genio, y esta inclinación le hacía mirar con agrado á los pequeños y á los humildes. Nodier como bibliófilo, hallaba entre los libros obras maestras desconocidas, y él las sacaba del sepulcro de las bibliotecas ; Nodier, como hombre filantrópico, hallaba entre los vivientes poetas desconocidos, y los daba á conocer, y los ponía en el camino de la celebridad ; chocábale toda injusticia y toda opresión, y creía que se oprimía al sapo, que el mundo era injusto con él, que ignoraba y no quería conocer las virtudes del sapo. El sapo era muy buen amigo, cosa que probaba Nodier con la asociación del sapo y la araña, y en caso necesario lo probaba además contando otra historia de un sapo y un lagarto, no menos

fantástica que la primera ; y el sapo no sólo era buen amigo, sino también buen padre y buen esposo ; partiendo él mismo á su mujer, había dado á los maridos las primeras lecciones de amor conyugal, y cogiendo con sus patas traseras los huevos de su familia y llevándolos sobre la espalda, había dado á los padres de familia la primera lección de paternidad. La baba que suelta el sapo cuando se le atormenta, es la sustancia más inocente del mundo, según aseguraba Nodier, quien la prefería á la saliva de ciertos críticos conocidos suyos.

Estos críticos, sin embargo, entraban en su casa y eran tan bien recibidos como los demás concurrentes ; pero poco á poco se iban retirando, por no encontrarse á sus anchas en medio de la benevolencia, que era la atmósfera natural del Arsenal y por la que atravesaba la sátira, solamente como el gusano de luz por las noches de Niza y de Florencia, esto es, para mostrar un resplandor y apagarse en seguida.

De este modo se llegaba á terminar una comida tan agradable, cuyos accidentes todos, excepto el de derramarse la sal ó el de estar un pan puesto del revés, se consideraban bajo el punto de vista de la filosofía. Después se servía el café. Nodier en el fondo era sibarita y apreciaba en todo su valor el sentimiento de completa sensualidad que no permite movimiento, desorden ni desarreglo alguno entre los postres y la coronación de los postres. Durante este momento de delicias asiáticas, se levantaba Mad. Nodier é iba á dar órdenes para que encendieran las luces de la sala, acompañándola muchas veces yo, que no tomaba café, y que le servía de mucho, porque, siendo alto, podía dar vuelta á los tornillos de los quinqués sin necesidad de subirme en las sillas.

Entonces se iluminaba la sala, pues jamás se recibían las visitas antes de comer, ni en los días ordinarios, á no ser en el cuarto de madama Nodier ; entonces, repito,

se iluminaba la sala y alumbraba los artesones pintados de blanco, con molduras del tiempo de Luis XV, y el sencillo mueblaje compuesto de doce sillones y un canapé, forrados de casimir encarnado; de cortinas del mismo color; y de un busto de Víctor Hugo, una estatua de Enrique IV, un retrato de Nodier, y un paisaje de Regnier.

Cinco minutos después entraban en la sala todos los convidados cerrando la marcha Nodier, quien iba apoyado ya en el brazo de Danzatz, ya en el de Bixio, ya en el de Francis Wey, ya en el mio: suspirando y quejándose, como si toda su naturaleza fuera solamente aire, se tendía en un gran sillón colocado á la derecha de la chimenea, estiraba las piernas y dejaba caer los brazos, ó se ponía en pie delante de la misma chimenea con las pantorrillas al fuego y la espalda al frío. Si se arrojaba en el sillón no había más que decir: sumergido en el placer beatífico que produce el café, quería gozarlo egoístamente, y seguir en silencio el vuelo de su fantástica imaginación; pero si se ponía delante de la chimenea y se quedaba en pie, entonces era otra cosa; entonces iba á hablar, y todo el mundo se callaba, y empezaba á brotar de sus labios la relación de algún lance de su juventud, relación que parecía más bien una novela de Longo, un idilio de Teóerito, uno de los dramas sombríos de la revolución, cuyo teatro era siempre ó el campo de batalla de la Vendée, ó la misma plaza de la Revolución, ó, en fin, alguna conspiración misteriosa de Cadoudal, de Oudet, de Staps, ó de Lahorie; entonces cuantos entraban lo hacían silenciosamente, saludaban con la mano, é iban á sentarse en algún sillón ó á recostarse en la pared, hasta que se concluía la historia cómo se concluye todo. Nadie aplaudía, porque tampoco se aplaude el murmullo de un río, ni el canto del ave; pero el oído escuchaba todavía después de apagado el murmullo y de concluido el canto. Así

que Nodier dejaba de hablar, se levantaba María, sin decir una palabra, y se iba al piano, de donde salía repentinamente y se lanzaba á los aires un brillante cohete de notas como preludio de un fuego artificial; y en aquel momento también, los jugadores que andaban arrinconados, se sentaban á la mesa y se ponían á jugar.

Nodier, que jamás había jugado más que al ajedrez, el cual era su juego favorito y en el cual se creía muy fuerte, había transigido algún tanto con la época y jugaba al ecarté.

María cantaba canciones cuya letra era ó de Hugo ó de Lamartine, ó mía, y que ella misma había puesto en música, y á lo mejor, suspendía tan agradables melodías, que siempre parecían cortas, y tocaba el ritornelo de un rigodón, momento en que cada caballero buscaba su pareja y empezaba el baile.

Baile seductor en el que María hacía todo el gastodiciendo, mientras sus dedos corrían rapidísimos por las animadas teclas del piano, una palabra á éste, y una frase al otro, á cada adelante dos, á cada cadena, á cada figura en fin. Desde aquel momento desaparecía Nodier, sin que nadie se acordara de él, porque no era de esos señores, tan gruñones como absolutos, cuya presencia se teme y cuya aproximación se adivina. Era el antiguo señor hospitalario, yéndose para dejar sitio á la persona á quien recibe, y contentándose con ser chistoso, débil y casi femenino.

Por otra parte, en cuanto Nodier se ausentaba por un momento, se sabía ya que poco después se retiraría completamente; pues se acostaba temprano, ó por decir mejor, su mujer lo acostaba temprano: ella era quien había tomado este cuidado á su cargo; ella era quien, durante el invierno, salía del salón, y cuando no había lumbre en la cocina, entraban un calentador en la sala, lo llenaban en la chimenea y lo pasaban á la alcoba.



Nodier se iba detrás del calentador y no hay más que decir.

Diez minutos después volvía Mad. Nodier : él estaba ya acostado y se quedaba dormido al son de las armonías que tocaba su hija, y al ruido de los pasos y risas de los danzantes.

Un día nos encontramos á Nodier con una humildad muy diferente de la que acostumbraba : estaba lleno de vacilación y de vergüenza, y le preguntamos alarmados qué era lo que tenía.

Nodier acababa de ser nombrado académico.

Nos presentó mil excusas á Hugo y á mí.

Pero no estaba la falta en él : la Academia lo había nombrado cuando menos lo esperaba.

Y digo cuando menos lo esperaba, porque Nodier, que por sí solo sabía más que todos los académicos juntos, demolía piedra por piedra el diccionario de la Academia : contaba que el inmortal encargado de componer el artículo sobre el *cangrejo* le había enseñado un día este artículo pidiéndole su parecer.

El artículo estaba redactado en estos términos :

« Cangrejo : pececillo encarnado que anda para atrás. »

No hay más que un error en vuestra definición, le había respondido Nodier, y consiste en que el cangrejo, ni es pez, ni es encarnado, ni anda para atrás... todo lo demás está bien.

Se me ha olvidado decir que entre tanto se había casado María Nodier y se había convertido en Mad. Menessier ; matrimonio sin embargo que no había cambiado absolutamente en nada las costumbres del Arsenal. Julio era amigo de todos, hacía ya mucho tiempo que venía á la tertulia y la única alteración que hubo en la casa fué la de quedarse en ella en vez de salir cuando salíamos todos.

Pero no ; digo mal : se hizo entonces un verdadero

sacrificio : Nodier vendió su biblioteca, porque aunque amaba sus libros, adoraba á su María.

Es preciso también decir que nadie sabía dar reputación á un libro como Nodier. Si quería vender ó hacer que se vendiera un libro, lo celebraba en un artículo, y con lo que descubría en él, lo convertía en un ejemplar único. Me acuerdo de un tomo titulado *el Zombi del gran Perú*, que Nodier aseguró que se había impreso en las colonias y del que destruyó una edición francesa con su autoridad privada : el libro valía cinco francos y subió después su precio hasta cien escudos.

Por cuatro veces vendió Nodier sus libros ; pero siempre guardó cierto fondo, cierto núcleo precioso con cuyo auxilio logró reconstruir su biblioteca á los dos ó tres años.

Llegó un día en que se interrumpieron aquellas reuniones encantadoras : ya hacía un mes ó dos que Nodier se mostraba paciente y quejumbroso, aunque como estábamos acostumbrados á oírle siempre quejarse, nadie había fijado la atención en sus quejidos. En el carácter de Nodier era muy difícil distinguir el mal real de los padecimientos quiméricos ; pero lo que es en aquellos días su debilidad era muy visible ; ya no daba vueltas por los muelles, ni paseaba por los boulevares ; lo que únicamente hacía, era encaminarse con lentitud, cuando por el cielo nublado se filtraban los últimos rayos del sol del otoño, encaminarse, repetimos, con lentitud hacia Saint-Mandé.

Aquel paseo terminaba siempre en un pícaro mesón, donde Nodier, en los magníficos días de su excelente salud, se había regalado con pan moreno : generalmente le acompañaba en estos paseos su familia, exceptuando á Julio que se quedaba en su carpeta. Quienes se paseaban eran Mad. Nodier, María, y los dos niños Carlos y Georgina, pues no querían dejar solo al marido, padre y

abuelo. Todos tenían el presentimiento de que no le quedaba mucho tiempo que vivir, y querían aprovecharlo.

Nodier insistió hasta el último momento en que se conservase la tertulia de los domingos, pero al cabo se notó que el enfermo no podía sufrir desde su habitación el ruido y movimiento que había en la sala: así es que un día nos anunció su hija con bastante tristeza que el Arsenal estaría cerrado el domingo siguiente, añadiendo á los amigos íntimos estas palabras en voz baja: Venid, hablaremos.

Nodier cayó después en la cama para no volver á levantarse.

Fuí á verlo.

— ¡Oh! mi querido Dumas, me dijo tendiéndome el brazo desde que me vió entrar; cuando yo estaba bueno no teniais en mí más que un amigo; pero desde que estoy malo, debéis ver en mí á un hombre que os vive reconocido. Ya no puedo trabajar; mas puedo leer todavía, y, como veis, leo vuestras obras, y cuando me siento fatigado llamo á mi hija, y ella me las lee.

Y Nodier me mostró efectivamente mis libros esparcidos por su cama y por la mesa.

Aquel fué para mí un momento de verdadero orgullo. Nodier solo y aislado; Nodier sin poder trabajar; Nodier, genio inmenso que todo lo sabía; Nodier leía mis producciones y se distraía leyéndolas.

Le tomé las manos y aun hubiera querido besárselas, según estaba de agradecido.

Yo también había leído el día anterior una cosa suya; un tomito que acababa de salir al público, repartido en dos entregas de *la Revista de ambos mundos*.

Era la *Inés de las Sierras*.

Me hallaba maravillado. Esta novela, que fué una de las últimas obras que publicó Nodier, tenía tanta frescura, y era tan animada, que no parecía sino que Nodier la

había escrito en su juventud, y la había hallado y publicado en el opuesto horizonte de su vida.

La historia de Inés era una historia de apariciones de espectros y de fantasmas; sólo que, siendo muy fantástica en la primera parte, dejaba de serlo en la segunda: el fin explicaba el principio.

¡Oh! ¡cuánto censuré á Nodier por esta explicación!

— Decís bien, me replicó, he hecho mal; pero tengo otra en la cabeza, y lo que es ésta no la echaré á perder, os lo seguro.

— Enhorabuena. ¿Y cuándo pensáis ponerla por obra? Nodier me agarró la mano y me dijo:

— Esa no la echaré á perder, porque no he de ser yo quien la escriba.

— ¿Y quién la escribirá?

— Vos.

— ¡Cómo! yo, ¿Carlos? ¡Pero si yo no sé qué historia es esa!

— Yo os la contaré: la guardaba para mí, ó mejor dicho, para vos.

— Amigo Carlos, vos la contaréis, la escribiréis y la imprimiréis.

Nodier meneó la cabeza y contestó:

— Os la voy á referir, y me la devolveréis, si logro restablecer mi salud.

— Esperad á mi próxima visita: tiempo hay de contarla.

— Amigo mío, os diré lo que le decía á un acreedor, dándole una cantidad á cuenta: Siempre es hora de tomar.

Y empezó su relación.

Nunca había contado Nodier una cosa de un modo más agradable.

¡Oh! si hubiera tenido yo una pluma, si hubiera

tenido papel, si hubiera podido escribir tan de prisa como él hablaba !...

La historia era larga y me quedé á comer.

Acabada la comida, se quedó dormido Nodier. Salí del Arsenal sin despedirme de él.

No le volví á ver más.

Todos tenían á Nodier por un hombre quejumbroso, y sin embargo no había dicho á su familia, ni se lo dijo hasta su última hora, ni una sola palabra sobre lo que había padecido y sufrido : cuando descubrió la herida, se conoció que la herida era mortal.

Nodier, no sólo era cristiano, sino también excelente católico en toda la extensión de la palabra : había logrado que María le prometiese enviar por un sacerdote cuando le viese en peligro de muerte, y María, así que llegó este caso, mandó llamar al cura de San Pablo.

Nodier se confesó : ¡ pobre Nodier ! Muchos pecados podría haber en su vida ; pero ciertamente no habría una falta.

Cuando acabó de confesarse, entró en su alcoba toda la familia.

La alcoba en que se hallaba era sombría, y en ella tendió los brazos á su mujer, á su hija y á sus nietos.

Detrás de su familia, estaban los criados.

Detrás de los criados la biblioteca ; esto es, los amigos siempre constantes y fieles — los libros.

El cura pronunció en alta voz las oraciones, á las que Nodier respondió también en alta voz, como hombre familiarizado con la liturgia cristiana. Acabadas aquellas oraciones, abrazó á todos, los tranquilizó y les aseguró que le parecía que aun podía vivir uno ó dos días, sobre todo, si le dejaban dormir algunas horas.

Le dejaron solo y durmió cinco horas.

El día 26 de enero por la noche, esto es, la víspera del día de su muerte, se le aumentó la calentura producién-

dole un poco de delirio, y á cosa de las doce no conocía ya á nadie y salían de su boca palabras inconexas, entre las que pronunciaba los nombres de Tácito y de Fenelón.

Á las dos de la madrugada empezó la muerte á llamar á la puerta : Nodier experimentó una crisis violenta ; su hija estaba mirándole á la cabecera de su cama y le presentaba una taza con una bebida calmante ; abrió los ojos, miró á María, la conoció por sus lágrimas, tomó en sus manos la taza y bebió con avidez el brebaje que contenía.

— ¿ Te ha sabido bien esto ? le preguntó María.

— ¡ Oh, sí, hija mía ! como todo lo que viene por tu mano.

Y María dejó caer su cabeza sobre la almohada del enfermo, cubriendo con sus cabellos la húmeda frente del moribundo.

— ¡ Oh ! si te quedarás así, murmuró Nodier, no me moriría nunca.

La muerte seguía llamando á la puerta.

El enfermo empezaba ya á tener frías las extremidades de su cuerpo ; pero á proporción que la vida iba dejando las extremidades, iba concentrándose en el cerebro y aumentando el espíritu de Nodier hasta un extremo á que nunca había llegado.

Entonces bendijo á sus hijos y á su mujer, y luego preguntó á cuántos se estaba del mes.

— Estamos á 27 de enero, le contestó Mad. Nodier.

— Os acordaréis siempre de ese día, ¿ no es verdad, amados míos ? replicó el enfermo, y después añadiendo un suspiro y volviendo el rostro hacia la ventana :

— Quisiera ver, siquiera una vez más, la luz del día.

Después se quedó dormido.

Después se hizo dificultosa su respiración.

Después, en fin, al dar en los vidrios el primer rayo de la luz de la mañana, abrió los ojos, y despidiéndose con un movimiento de labios y de ojos, expiró.